

► Tribuna Abierta

Los exiliados

MANUEL OROZCO

JOSÉ Hernández Quero es uno de nuestros grandes pintores que vino a nacer en esta tierra irredenta de tantas culturas encontradas. José Hernández Quero es amigo mío, y cada vez que inaugura una exposición entre tantas de ellas ya —Madrid, París, México, Bilbao, Navarra...— me envía el catálogo o libro en el que a veces, junto a mi hermano Emilio, Alvar, Pita, Aróstegui... colaboro en el análisis de su obra y figura. José Hernández Quero salió un día de estampía —a la fuerza ahorcan— de Granada, y no sacudió el polvo de sus sandalias de peregrino, porque una fuerza mayor le atenzaba el corazón. Como otros grandes artistas e intelectuales de primer orden en el ruedo español, se olvidaron, como Granada de ellos, de su nacimiento. Como Eduardo Carretero, nuestro gran escultor encerrado en su estudio de Chinchón entre bloques de piedras y recuerdos, como ayer Juan Cristóbal en Cadalso de los Vidrios, como Antonio Cano y Carmen Jiménez, en Sevilla, con Miguel Aguilera, como Manuel Rivera o Antonio Rodríguez Valdivieso que vino a exponer su última obra en Granada, a punto de morir, decidieron dejar atrás lirismos amorosos y cursilerías de ruiseñores para enfrentarse a la verdad monda de una hora del arte de nuestro tiempo.

Pero José Hernández Quero no olvida su ciudad y entre Madrid y su Gualchos desgrana su existencia sabiendo que el amor desde lejos es más áureo y más puro. Granada es la gran destructora de sus preclaros. Lo dijo y se salió con la suya Federico cercado de «horteras, sastres y carpinteros».

Granada tiene una nómina sobrecogedora de exiliados éticos intelectuales como aquellas luminosas cabezas de Gómez Arboleya, Alfonso García Valdecasas, Luis Rosales, Paco Ayala, Manuel Torres López, ayer, con Miguel Cruz Hernández, Antonio Aróstegui, Rafael Acosta, Antonio García Trevijano, Manuel Garrido, Rafael Acosta, José Carlos Gallardo... hoy.

Esta y aquella Granada es una ciudad enferma de olvidos y desdenes. Así titulé un artículo que aquella adorable criatura que fuera Eloisa Morell —que era mi lectora entusiasta— apretando mi mano entre las suyas, me dijera: «Manolo, ¡qué bien escribes!, prométeme que cuando yo muera escribirás algo sobre mí...». Y, años después con lágrimas en los ojos, luego de aquellas tardes en su cuarto del Clínico en su última enfermedad, cumplí su deseo.

Uno, Pepe, en el fondo, es un sentimen-

tal y ni olvida ni perdona. Pero Granada olvida pronto. Así le va. Pero ¿qué es y quién, eso que llamamos Granada? No puede una ciudad teóricamente universitaria, cargada de historia, ser esa cosa folklórica que nos presentan y confunde en un bodrio los valores. Granada no puede estar identificada a esos poderes transeúntes como aquellos rectores que aprueban la construcción de esas Facultades de Letras, Magisterio y el polideportivo —pan y toros— junto al noble monumento de la Cartuja, ni a aquellos presidentes de la Diputación que demueñen la iglesia de la Magdalena y convierten el Molino de Ganivet en un local de oficinas, ni a los alcaldes que talan y destruyen los bulevares de Calvo Sotelo y el Carmen de los Mártires, la huerta de San Vicente y colocan el burro de la Romaniña, cuelgan en el salón de plenos municipal ese cuadro pésimo, impresentable, del Rey que descalifica al autor que sea y al alcalde que lo encarga. Y de paso a Granada. Entre ese cuadro del Rey y el Padre Manjón del genial Morcillo, se marca la distancia de lo ridículo a lo sublime. No, Granada no es la que exalta segundones y pícaros, payasos y folklóricos, ni la que da esos nombres a las calles, cuelga esos cuadros... No, hay otra Granada que vuela más alto

del provincianismo que asfixia la historia del pensamiento y el arte.

José Hernández Quero no tiene, ni acaso tendrá nunca, un monumento en Granada, su nombre en una calle, ni siquiera su sueño, un espacio para donar su obra a su ciudad.

Pero siempre tendrá, como gran artista, un lugar en nuestro recinto común: la Tricentenario Academia de Bellas Artes de Granada, de la que es miembro. «Con la minoría, siempre», dijo Juan Ramón, el andaluz universal que junto a Teodorico se quejaba ya de las brutalidades que también se cometían en su tiempo. Granada vive de su historia, desde Roma acá con Abentofail, Machuca, Siloé, el Indaco, Cano, Mora, Mená, Soto de Rojas, Collado de Hierro, Ganivet, Lorca y todo lo demás, eso es Granada, y vosotros exiliados e ilustres, en la nómina de los Olvidos que decía Juan Ramón.

Pero no olvidéis que la Historia siempre pone cada cosa en su lugar. La mentira histórica que quieren escribir los que viven de las nóminas políticas nunca prevalecen sobre la verdad porque tienen los días contados. Como nuestro amigo Antonio Cano, nos cuenta en sus *Memorias Amarillas* que cuando se inaugura su portentosa obra el

Monumento a Alonso Cano, no acudió nadie, ni el alcalde, ni el gobernador, ni el arzobispo, nadie, él solo y un borracho; ¿para qué tanto esfuerzo?, se pregunta. Y nos dice: «Ya en mi palomar, pensé que todo había sido inútil, todo aquel tiempo encerrado en mi estudio sin ver la luz del sol ni las noches estrelladas... ahora en mi casa sentado frente a la ventana veía pasar las nubes blancas y algodonadas sobre la sierra azulada que parió la piedra de mi obra...».

Ésta es la servidumbre del artista, del intelectual, la soledad del estudio. Nunca los gobernadores —uno de ellos condenó a Federico—, los obispos, los alcaldes, sabrán distinguir el arte verdadero del falso. El gran artista seguirá solo como Antonio Cano ante su obra, mientras afuera, en el jolgorio callejero del guñol de la farsa los Crispines y los payasos se desgañitan para acercarse a la escurraja del sol que más calienta.

José Hernández Quero está, queramos o no, en la nómina de nuestros grandes. El mundo del verdadero arte, la música, la poesía, siempre fue impopular y blanco de los mediocres. Miguel Ángel nos da la clave, cuando al pie de la soberbia escultura de la *Noche* en la tumba de Giuliano dei Médici escribe: «*Cara m'é il sonno e più l'esser di sasso... quando l'odio e la cattiveria durano*».

También a Renoir, en su vejez, cuando unos jóvenes pintores le preguntan lo que tienen que hacer para «llegar», el gran pintor les responde: «*Oh, monsieur. En mes temps ne s'arrivé pas*».

No cambian los tiempos ni la condición humana. Todo el mundo lo sabe. Dije una vez: «Cuando las hienas y los chacales se disputan las carroñas, no entres en la selva, aléjate y contempla en el inmenso silencio de la noche el esplendor de las estrellas en el supremo equilibrio del universo. Es la plenitud de Dios sobre todas las cosas».

No cambian el hombre, los hombres. «En un país donde la masa es incapaz de humildad, entusiasmo y adoración a lo superior, se dan todas las probabilidades para que los únicos influyentes sean los más vulgares; es decir, los más fácilmente asimilables; es decir, los más rematadamente imbéciles». ¡Qué cosas dijo como ésta don José Ortega y Gasset! Uno, por suerte, no es *influyente*.

José Hernández Quero, mi amigo, me pidió que escribiera, una vez más, sobre su obra. Ella habla por los dos.

RAMÓN

